

Episkenion 2 (julio 2014)  
nunca es siempre en teatro

ISSN 2340-4485

## El Acontecimiento. Espacios de Resistencia

Bárbara Pérez Bañón  
Juanjo Tomàs i Mompó

### ***Acontecimiento. O lo que sea que hiciéramos*** **Bárbara Pérez Bañón**

Empezar siempre es complicado. Y explicar cómo empezó aquello es todavía más difícil. Supongo que todo comienza con una pregunta y un día cualquiera en la facultad. «¿Qué es teatro?» preguntó Rosa Sanmartín en clase, y ninguno de los que estábamos allí hemos podido responder todavía. Sí, podríamos decir que con ella empezaron todas estas aventuras, y menos mal. Un par de meses después de esa pregunta yo me presentaba en Espacio Inestable, nerviosa y sin saber muy bien qué hacía por ahí. No es un tópico, en verdad no tenía ni idea de lo qué iba a hacer, pero quería participar, porque me había enganchado al teatro. Cuando tienes a alguien cerca apasionado por algo (y más si es una profesora y su pasión es el teatro), lo normal es que se te pegue algo de esa pasión.

Bien. Primeras instrucciones: no hay directrices. A veces la libertad da más miedo que nada, porque no sabemos por dónde ir, aunque luego los resultados sean buenos. Julio de 2013, recién estrenadas las vacaciones, y ya con tareas: «Tenéis que hacer un dispositivo. Puede ser cualquier cosa: la idea es ¿Cómo resistes? Podéis compartirlo entre vosotros durante este mes hasta que empecemos los ensayos, lo que queráis. Nos vemos a mediados de agosto». Aquellas primeras reuniones eran típicas: conocernos entre nosotros y trabajar en un proyecto que, por no tener, no tenía ni el título. Pero todo es un aprendizaje, y para aprendizaje el de los nombres de las diecisiete personas que formábamos el equipo: diferentes edades, diferentes ambientes, diferente todo. Menos mal que había algunas caras conocidas.

Después de aquello me fui de viaje y me olvidé por completo del asunto, hasta que llegó la víspera del reencuentro con el grupo. Y es que las *noches de antes* son muy inspiradoras. ¿Cómo resistes? Menuda pregunta. Yo qué sabía. Entonces me planté frente al ordenador, mientras escuchaba música, y pensé qué podía hacer bien como para presentar un dispositivo.

Pintar. No, eso no. Tal vez escribir. Bueno, va, vamos a escribir. Me perseguía la idea, igual que ahora, de que aquel escrito iba a tener que presentarlo, iba a ser público; pero en cuanto me puse a escribir y a tachar se me olvidó todo. Al principio fue un poco panfletario, por el tema y porque tenía claro que la obra, *o lo que sea que estuviéramos haciendo*, servía para mostrar un compromiso con la sociedad. Vaya frase.

Decidido que escribir era, definitivamente, lo que haría, tomé la decisión de escribir una carta. Pensé en cómo resistía, y luego me vi a mí misma en el mundo que me rodeaba: me sentí ínfima. Siempre he creído que nadie me escuchaba, que ningún adulto —bien por mi edad, mi carácter o mis opiniones— tenía en cuenta mi voz al discutir, al hablar sobre política o cualquier otra cosa *importante*. Sólo me escuchaban los amigos, pero a ellos les ocurría algo parecido: tampoco les escuchaban. Cuando escribí el título, *Carta a esos adultos*, la verdad es que pensé en los adultos que más cerca tenía: mis padres. Conforme la iba desarrollando, me di cuenta de que mi rabia, mis ganas de que alguien me escuchara, no iban dirigidas a mis padres, sino a los adultos en general, a esa sociedad que parecía no tenernos en cuenta por ser más jóvenes. Nunca me ha gustado esa división: jóvenes y adultos. Como si los jóvenes no pensáramos, como si sólo la experiencia sirviera para comprender el mundo. Sí, admito que al principio mi crítica era un poco generacional, pero después comprendí que con quien estaba furiosa era con quienes permitían que el sistema fuera de esa manera, que todo estuviera montado de esta forma, para que nosotros, todos, jóvenes y adultos, mantuviéramos la voz en off. Esos adultos del título ya no eran mis padres o todos los mayores de 28.

Cuando mandé la carta al equipo, o grupo, o, en fin, a los que se convertirían en mis compañeros de trabajo y en mis amigos en los meses siguientes, estaba orgullosa de lo que había escrito. Me había desnudado con sinceridad, pero esta vez había puesto todo mi empeño en hacerme escuchar.

Más tarde, Jacobo Pallarés, uno de los directores, fiel a sus costumbres, nos desmontaría los dispositivos. Pero antes de eso hizo algo muy interesante: se le ocurrió que Juanjo Tomás y yo podíamos hacer juntos el dispositivo. Él había escrito también un texto, y Jacobo pensó que podía reconvertirlo en una carta, para que el dispositivo tuviera coherencia. Dos personas de diferentes edades, generaciones y ambientes trabajando juntas y colaborando en el proceso creativo teatral: era simple, pero yo nunca había tenido una oportunidad así. Ahora, haciendo balance de la experiencia en conjunto, puedo decir que una de las cosas que más valoro es haber trabajado con Juanjo, que me ayudó a no ponerme nerviosa y de quien he aprendido muchas cosas.

El proyecto estaba en pañales, así que no teníamos ni idea de por dónde iban a ir los dispositivos. Teníamos los textos, pero ¿íbamos a leerlos en escena? Me tocaría recortar mi carta, porque, como suele pasarme, era demasiado larga. Entonces Jacobo Pallarés volvió a sorprendernos, casi por accidente. El día que presentamos cada uno sus dispositivos, fuimos explicando en qué iba a consistir su pequeña pieza. En vez de leer mi carta y un poco porque ya todo el grupo sabía de qué iba la cosa, se me ocurrió explicar una anécdota: cómo había surgido esa rabia que me había llevado a escribir.

Recordé las manifestaciones y los gritos que, no hacía tanto, habíamos dirigido para luchar por la educación pública, en el instituto Luis Vives de Valencia. Y el horror de después. Nunca había visto a la policía golpear a nadie. Eso sólo ocurría en la televisión, a veces en las noticias, pero el verlo en pantalla parecía una ficción muy lejana. Cuando tuve que correr para evitar los golpes y vi a otros compañeros, conocidos o desconocidos, recibirlos, me di cuenta de verdad de que, nosotros, los jóvenes, sí estábamos resistiendo y debíamos hacerlo. No estoy hablando de héroes, ni mucho menos. Sólo pedíamos derechos, lo que era justo. En fin. Mi carta no decía nada sobre la Primavera Valenciana, pero supongo que la experiencia y el miedo que viví en aquellos días de manifestaciones fueron, en parte, los que provocaron la rabia de después. Las ganas de gritarles a *esos adultos*. Cuando expliqué todo eso desde el escenario, de pie, junto a Juanjo, Jacobo pensó que lo mejor era que, en vez de mostrar lo que habíamos hecho, lo explicáramos. Admito que, en el caso de nuestro dispositivo, a Juanjo y a mí nos benefició esa propuesta.

Lo demás ya fue todo locura: ensayos y más ensayos a contrarreloj. No teníamos nada y de repente lo teníamos todo. Todo listo y en una semana estrenamos. Todo casi listo y en tres días. Todo con pinzas y mañana. Tranquilos, no os preocupéis, el teatro es mágico y, al salir a escena, todo sale bien. Era verdad. Creo que nunca he sentido nada parecido a lo que experimenté aquella primera tarde. Era jueves. A las ocho. No, para nosotros, a las cuatro y media, que teníamos el último ensayo general. Aún hoy no puedo creer que saliera tan bien. Pero Jacobo Pallarés y Maribel Bayona tenían razón: el teatro es mágico. Todavía no sé definir teatro, pero sé que es mágico. Luego vinieron las giras, la convivencia, las risas, los llores, los nervios... Los viajes. Ah, las furgonetas y las comidas en grupo. Una familia de dieciséis miembros.

Las *noches de antes* son inspiradoras, sí. No podría haber imaginado que aquella carta (que incluyo más abajo, por cierto) iba a llevarme de gira. No podía imaginar que una profesora comprometida de verdad con su vocación, interesada en trabajar con esas personas que nos sentábamos enfrente, pudiera llevarme a colaborar en un proyecto así.

Pero no es sólo eso: es la oportunidad de formar parte creativa de una obra de teatro; es la libertad de poder hacer lo que quieras, de configurar algo, discutir y darle forma. Es trabajar desde la base, sin que se noten las jerarquías, de manera horizontal. Es conocer a toda la gente que hemos conocido, no solamente los compañeros de escena, con quienes he recorrido la mitad del país (gracias a todos, pero sobre todo gracias a todos esos desconocidos que nos han visto desde las gradas de los teatros y que han compartido bocadillos de jamón y queso con nosotros), sino también a todos los colectivos que en cada representación nos acompañaban en escena.

Trabajar desde el lugar donde yo lo he hecho, sin haber tenido una gran relación con el teatro, sin haber consumido demasiado esa forma de arte, descubriéndolo todo como algo nuevo, y enfrentándome al miedo de contestar preguntas en escena, de mostrarlo al público, de *mostrarme* a la gente, es algo que me ha cambiado y que, aún hoy, no tengo suficientes palabras para explicar.

## ***Acontecimiento inolvidable. Mi experiencia en Teatro de lo Inestable.***

**JuanJo Tomàs i Mompó**

Todo empezó en 2012. Estaba matriculado en la Nau Gran y asistía a un taller de escritura dramática con Rosa Sanmartín. Ella nos comunicó que había una compañía de teatro en Valencia que necesitaba actores y actrices mayores. Cuando me enteré que la compañía en cuestión era *Inestable* no lo pensé más y me apunté inmediatamente. Para mí, *Inestable* era y es un referente importante de teatro alternativo y comprometido, conozco su trayectoria desde que empezaron en la anterior sala de la calle Sanchís Bergón. Es de esa clase de teatro que puede gustar más o menos, según obras, pero que nunca te deja indiferente.

En lo que a mí respecta, empecé en el teatro muy pronto. Estudié en la Escuela de Arte Dramático de Valencia en 1970 en la Plaza de san Esteban con los profesores Ana Caruana, Vicente Broseta y una joven Concha Aldàs. Por distintas circunstancias lo deje pronto, pero hice mucho teatro como «amateur» en varios grupos tratando de sentir la magia del teatro. A lo largo de mi vida como espectador he visto todo tipo de teatro, desde el más clásico al más alternativo, siempre buscando y encontrando lo positivo de cada uno de ellos para disfrutar y aprender de todos.

Incorporarme a un montaje de *Inestable* era para mí algo inimaginable. Era meterme en una compañía con una forma de hacer teatro distinta a lo que yo había hecho y que siempre había despertado en mí mucha curiosidad e interés. Me gustó la idea de poder ver cómo se lo monta esta gente para hacer el teatro que hace.

Así pues, en la temporada 2012, colaboré con ellos en *El Desencanto*. En una habitación de un viejo piso casi en ruinas representé a un viejo loco y decrepito que ya no tenía nada que ofrecer ni nada que encontrar en la vida. Fue una experiencia muy positiva, sobre todo a nivel personal.

Pero lo mejor vino después, en la temporada 2013 me propusieron colaborar otra vez con ellos. Y, lo más importante, desde el principio del montaje. A diferencia del anterior, en *Acontecimiento* participé —participamos todos— en el proceso de creación.

En *Acontecimiento* se dieron circunstancias muy especiales, por ejemplo: reunir un elenco no profesional con edades comprendidas entre los diecisiete y los sesenta y tres años. De hecho se trataba de mostrar las distintas formas de ver y afrontar la lamentable situación social que vivimos personas de distintas generaciones.

Explicar *Acontecimiento* es muy complicado y tampoco se trata de eso. Lo que sí es cierto es que, además de una experiencia teatral extraordinaria, también ha sido una experiencia vital que estoy seguro no olvidaré jamás.

En los primeros ensayos nadie sabía ni podía imaginar lo que iba a ser aquello ni si en algún momento sería algo. Todo era muy caótico. Supongo que Maribel Bayona y Jacobo Pallarés eran los únicos que tenían una idea global de lo que querían, o tal vez no. Resumiendo, todo estaba dentro de la normalidad *Inestable*. Improvisaciones, ejercicios, objetos, palabras, frases... Poco a poco la cosa fue madurando, tomando forma y, por fin, Maribel, apareció un

día con una idea más o menos definida de lo que íbamos a hacer. A partir de ahí todo fue creciendo de forma rápida y concreta.

Fue entonces cuando empezamos a trabajar sobre los «dispositivos», una especie de reflexiones personales encaminadas a mostrar formas variadas y dispares de RESISTIR. Fue labor de Maribel Bayona y Jacobo Pallarés seleccionar y combinar algunos de estos *dispositivos* para desarrollarlos e incorporarlos al espectáculo. Salieron cosas muy interesantes y curiosas. Al final seleccionamos ocho pero como quedaba demasiado largo para representarlos todos, se optó por dividir a los espectadores en grupos y llevarlos por una especie de itinerarios a distintos recovecos y espacios del local *Inestable*, pero no todos iban a poder ver los mismos.

Bárbara Pérez —que es de las más jóvenes del grupo— y yo —el mayor de todos— presentamos un curioso *dispositivo* basado en sendas cartas que mostrábamos dentro de sus sobres cerrados al público mientras les explicábamos por qué las habíamos escrito, lo que significaban y cómo para nosotros era una forma de *resistencia*. Y lo más curioso fue que, siendo tan diferentes en edad, intereses e inquietudes, estábamos unidos por la común necesidad de resistir ante los abusos sociales, culturales, económicos, laborales... que sufrimos.

Todo esto ocurría en un diminuto cuarto trastero, donde el público amontonado y apretado, aguantando heroicamente la situación, resistía también con nosotros. Llevábamos una carta cada uno, solo una, que al final entregábamos a dos únicos espectadores, el resto se quedaba sin saber qué decíamos en ellas. En fin, cosas de los inestables. Para que no ocurra lo mismo con los lectores adjunto mi carta al final.

Había un DISPOSITIVO que reunía a todos los asistentes en la calle y de allí se incorporaban de nuevo a sus asientos en la sala para asistir al final del espectáculo. Acababa con un llenado del espacio escénico iniciado por diferentes asociaciones y colectivos en lucha para reivindicar sus causas y, por último, se invitaba a todo el público asistente a ocupar también la escena de modo que el patio de butacas quedaba vacío. El espacio vacío de Brook se llenaba y el espacio del espectador pasivo se quedaba vacío.

Después vinieron los bolos por diferentes lugares del país, Palma, Jaén, Vigo, Badajoz, Santander... con el aliciente y el reto de tener que adaptar el montaje a los diferentes espacios de cada teatro. Kilómetros y kilómetros de carretera, vuelos, anécdotas, conocer a gente extraordinaria amante y loca por el teatro. De vuelta a Valencia las últimas representaciones en casa para que nadie pudiera decir que no había tenido la oportunidad de ver ACONTECIMIENTO.

Quiero por último agradecer a todos los componentes del grupo su dedicación, sus ganas, su interés en hacer un teatro un poco de locos y un poco de todos. Porque ¿qué es resistir si no una fuerza inherente e inalienable del ser humano? Gracias a Maribel Bayona, Jacobo Pallarés, Pedro Lozano, Diego Sánchez, Bárbara Pérez, Claudia Torán, Paula Ledesma, Marietta Papamichaíl, Rosa Sanmartín, Mariló Herrero, Elisabeth Santiago, Alba Gálvez, Toni Galarza, Sergio Hernández, el otro Sergio [Díaz], Héctor Collado, Rafa Palomares, Anna Albaladejo, Cora Mateu y David Lluch por ayudarme a resistir con vosotros.

A veces, todavía me cuesta creer que ocurriera de verdad. *Acontecimiento. Espacios de Resistencia*. O lo que sea que hiciéramos. Todavía me cuesta creerlo, sí. Pero es, sin duda, inolvidable.

**CARTA A ESOS ADULTOS. BÁRBARA PÉREZ.**

En este momento no voy a criticar a nadie, ni a poner argumentos sobre la mesa para que se eche a ningún individuo de su silla, por muy alta que se encuentre o por muy injusto que sea. Ya me cansé de repetir lo de siempre. No voy a dar unas soluciones que no tengo. Ya se acabó con eso.

En esta carta sólo voy a exponer mi visión, que no es representativa de nadie ni de nada. Mi visión es el sonido de mi voz en el papel.

Sólo quiero decir en mi nombre que ya me harté de que esos adultos, y digo esos porque no son todos, vayan diciendo por ahí que no hay futuro y que estudiemos ingenierías para ir a Alemania a trabajar. Ya basta con eso. No voy a entrar en la queja infantil de decir que no quiero. No voy a quedarme ahí. No voy a decirles a esos adultos que cesen con romper las esperanzas. Sólo les intentaré contar una pequeña historia, de cómo viví yo las cosas, y después, si ellos quieren, que me respondan.

Yo crecí en un ambiente sin riquezas ni lujos, pero con los oídos regalados de ilusiones que me recordaban una y otra vez que aprovechara el tiempo y que era afortunada porque tendría un enorme futuro por delante, que podría ser lo que quisiera y estudiar lo que me hiciera feliz. Algunos, no solo yo, crecieron con todas esas palabras.

Cuando crecí me di cuenta de que las cosas no eran tan fáciles y que algunas promesas se habían convertido en mentiras, pero nadie me dio explicaciones, nadie me dijo cómo ni porqué. Las cosas habían cambiado y no eran tan simples. Con los años uno comprende que tienen que dejar de preguntar a aquellos que no tienen las respuestas. La misma gente que siendo niña me había prometido ahora estaba en la misma situación. Todos nos preguntábamos cómo y porqué.

El porqué era una petición de causas, de cuestionar quiénes habían sido los culpables de que la situación hubiera cambiado, de preguntar por qué teníamos que ser NOSOTROS los que sufriéramos por otros. El cómo era una cuestión distinta. Había referencia a la manera, al empleo que se había hecho de las palabras (siempre son palabras, aunque no nos percatemos) para conseguir engañar y manipular a los desconocidos, a los números que se convirtieron en cifras sin nombre, a todos los que ahora nos preguntamos.

Pero ahora, llegados a este punto y sin encontrar respuestas ni soluciones, nos damos cuenta de que no comprendimos nada. Nos pasó lo mismo que cuando llega un nene a clase habiendo faltado el día anterior. Sabe que se perdió algo, pero va confuso porque no sabe el qué.

Las preguntas de cómo y porqué que tratamos antes iban dirigidas hacia un pasado que se quedó en el lugar de esos recuerdos que se vuelven amargos porque nos gustaría revivirlos y no podemos. En mi caso, son los años de la infancia, los buenos años. Se nos añade ahora una pregunta más a las dos anteriores. ¿QUÉ? En este caso la pregunta (las respuestas nunca las tenemos) va dirigida a otra palabra que está explotada y casi perdió su significado: FUTURO. Lo mismo pasa con otras palabras que ya no comprende nadie pero todos utilizan, como «paz»,

«libertad», «derechos», «revolución», «democracia»... : todos esos significados desaparecieron. Pero no nos desviemos del tema.

El futuro parece que se nos escapa de los dedos, ya no podemos tocarlo. Yo esperaba llegar a esta edad porque siempre pensé que podría tener el mundo y el tiempo. Eso me hicieron creer. Pero hoy les pregunto a todos esos adultos: ¿¡Qué!?! ¿En qué pensaban hace años (los de mi infancia)? ¿Olvidaron lo que significaba futuro? ¿Qué piensan hacer? Y, sobre todo, ¿qué podemos hacer la gente como yo para olvidar? En seguida aclaro todo, porque quien me conozca un poco sabrá que para mí la memoria es la clave.

La primera pregunta no busca culpables. Sólo busca comprender cómo es que hubo una clase de gente que prefirió comprar y jugar a las casitas en vez de pensar que la tierra, la cultura y la sociedad que les acompañaban en el camino no tienen precio.

Yo pregunto a esos adultos qué es futuro, y no me saben responder. Pasa mucho últimamente, eso de que la gente de los sillones altos se niegue a responder, porque no saben. El problema de tener un gobierno (o muchos) y usarlo como casas de muñecas es que cuando uno se cansa de jugar, los muñecos se quedan abandonados a su suerte sin que nadie los recoja y sin saber que unidos tienen poder, porque no son solo muñecos.

Lo de qué piensan hacer ya lo vi: gritarse e insultarse unos a otros como si fueran gallinas, sin responder ninguno de ellos a nada, sin cambiar ni un ápice y manipulando la historia para seguir gritando cosas que ya nadie escucha, cosas que a nadie importan y nadie cree. Lo peor que les puede pasar a esos adultos es que nadie les atienda, pero siempre quedan muñecos dispuestos a seguir jugando.

Por fin llegamos al tema, a la última pregunta, esa que dice que la gente como yo debería olvidar. Siempre dije que la memoria es clave y que sin ella no se puede avanzar, y lo reitero. Pero a veces sirve para huir del presente: los problemas del pasado, los odios y las recriminaciones se arrastran como losas de granito, y hay quien se escuda en esas piedras para tratar de escapar.

Hoy me planto, porque me he incluido entre esos quiénes, y pido olvido. No ese olvido negativo que provoca repeticiones, sino ese olvido bueno lleno de respeto y acogida, lleno de conocimiento y preparación para avanzar.

Yo me planto hoy y les digo que ya se acabó de presentes y pasados, y sobre todo de futuros. Ya me cansé de que esos adultos me digan y me mientan, que decidan y opinen sobre el carácter de sus muñecos. No soy un muñeco: yo tengo fuerza y voz, y voy a usarlas. Voy a usarlas hasta que no me queden pies ni manos para avanzar, hasta que no me queden palabras, y aún así seguiré. Lo escupiré todo y me planto ahora para empezar. Para decirles que se preparen, porque a esta edad tengo el tiempo y el mundo, y eso sí que no fueron mentiras.

Me planto y les escribo para decirles que no me quedaré parada preguntando y esperando gritos en el gallinero semicircular; para decirles que no siento los golpes, y tengo mucho que decir, aunque no me quieran escuchar; para decirles que los palos no nos paran... nos alimentan la fuerza.

Para reclamar a esos adultos que mi cultura, mi lengua, mi tierra, mi origen y mi vida no tienen precio, y que no pueden jugar con ello.

Y que se preparen a sentir el mismo miedo que yo tengo, porque los árboles más grandes son los primeros en caer en un incendio.

Para decirles que yo no respiro para trabajar, y que por mucho que se empeñen no conseguirán que así sea.

Para recordarles que aunque los muros de esta casa de muñecas estén podridos por el mal uso y la exploración, yo les prometo que pondré todo de mí para reparar los agujeros, porque ya lo hemos hecho antes, porque estos muñecos amamos nuestra casa, y echaremos a los jugadores que nos abandonaron y que nunca responden.

Y a estos individuos, a estos muñecos que no lo son, yo les repito estas preguntas, porque me dieron la voz y la fuerza, para que no las olviden y se las griten a esos adultos:

**PORQUÉ**

**CÓMO**

**QUÉ**

Y para que recuerden que tienen que seguir reclamando, que aquí RESISTIREMOS hasta que nos quedemos sin palabras, nunca sin voz, resistiremos hasta que nos RESPONDAN.

Atte.: Una de esas Muñecas.



© Fotografía de Pablo Garrigós

<http://periodismohumano.com/sociedad/educacion/protestas-por-la-actuacion-policia-contra-menores-en-valencia.html>



## RESPUESTA A... CARTA A ESOS ADULTOS. JUANJO TOMÀS.

Yo sí que nací antes de 1975.

Con esta carta no pretendo lamentar, justificar o dar explicaciones de lo que hice o no hice. Tampoco voy a cuestionar nada que no se haya cuestionado ya. Y soluciones no tengo.

Viví veinticinco años de dictadura con asesinatos, represión, censura, injusticia, corrupción... Nos resistíamos, a nuestra manera, con reuniones clandestinas, manifestaciones, conciertos, asambleas... siempre interrumpidas violentamente por los «grises» ¡RESISTÍAMOS!

Celebré con un grupo de amigos y amigas la muerte del dictador abriendo botellas de cava.

Creíamos que aquello significaba el final de la dictadura, el final de una etapa lamentable y demasiado larga.

¡Aquella era una noche feliz! ¡Creíamos!

Finalmente todos lamentamos que el dictador hubiera muerto de viejo y en la cama de un hospital. Lo había dejado todo atado y bien atado.

Además nos impuso un sucesor que no pudimos o no supimos rechazar... Y así nos va.

Esta es mi batallita

Han pasado treinta y ocho años y veo claramente que no había nada que celebrar.

Consecuencia de aquello es, en cierta manera, la situación en que vivimos: incompetencia, corrupción, injusticia... nos llevan al caos social, económico, cultural...

Me resisto, me niego a pensar que nos acostumbraremos y asimilaremos la precariedad actual.

Juntos resistiremos, juntos pesamos más y necesitamos el peso de todos para enfrentarnos al futuro.

Porque vuestro futuro también es nuestro futuro, porque todos vamos a vivir en él.

¿Va a ser este nuestro futuro? NO!!!!

RESISTENCIA. ¡¡¡RESISTIR!!! Resistiremos juntos. Y resistiréis cuando el futuro sea solo vuestro, de vuestros hijos, de vuestros nietos...

Resistencia y también acción. Porque la acción pesa y el peso de la acción es importante. Algo de esto se ve, la acción se está viendo... Y ese puede que sea el camino... la salida.

No lo sé.

Atentamente.

No,  
jo dic no,  
diguem no.  
Nosaltres no som d'eixe món.  
(Raimon)

